



VOCES LATINAS

DERIVADAS DE RAICES PRIMITIVAS BASCONGADAS.

IV.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

Eibar 28 de Junio de 1883.

Muy Sr. mio y de mi mayor consideración: Cuando comencé la série de los presentes artículos creía, como manifesté en el primero que le dirigí á V., que el latin habia nacido de la conjunción ó compenetración de la lengua euskara en otra de la familia Ariana, y como la unión de lenguas requiere entre ellas como requisito indispensable cierto grado de parentesco, puesto que las que pertenecen á razas diferentes no han podido unirse en los tiempos históricos para producir nuevas variedades ó dialectos, deducía de aquí que ambas á dos, el euskara y la latina, habian reconocido un antecesor comun en el cual se habian entroncado lo mismo que sus respectivas razas.

El conocimiento de este hecho, que resolvía hasta cierto punto el problema de nuestro origen, importaba mucho á la filología, puesto que por su medio lograba enlazar lenguas á las cuales ésta ciencia no habia conocido un punto de conjunción, y que figuraban en su clasificación en grupos apartadisimos, y que distaban entre si tanto como podian distar lenguas, de las cuales la primera, el bascuence, figuraba en el número de las que pertenecen aun á las aglutinantes y la segunda entre las inflexivas por excelencia.

Mas este hecho, apesar de su importancia real, no nos instruía sobre la estructura de aquella lengua Ariana, que habia sido, según esta doctrina, una de las antecesoras del latin, como tampoco nos instruía sobre las formas y construcción de la que habia sido el ascendiente comun de ambas, de modo que sin otro auxilio no hubiéramos

Véanse tomo VIII, pags. 330, 406 y 526.

mos podido explicar cómo dos lenguas gemelas en su origen, habían podido diferenciarse hasta el punto de ofrecer desde que aparecen en los confines de la historia una sintaxis y una gramática totalmente diversas y opuestas. De este modo teníamos un dato más que venía á confirmar las leyes que han precedido al desenvolvimiento de las lenguas, sabiendo que el latín, en virtud de su enlace con el euskara, había pasado por un período aglutinante, pero nuestros conocimientos no llegaban á explicarnos cómo se había efectuado este cambio.

Mas desde el momento en que nuevas y concienzudas observaciones nos han dado á conocer que el latín y el bascuence son, como decíamos en nuestro anterior artículo, una sola y misma lengua en diversos períodos de su evolución, desde este instante sabemos cierta y positivamente que el latín ha tenido en épocas más ó menos remotas las mismas formas que el bascuence, su mismo carácter aglutinante, sus mismas raíces, sus voces agregadas y significativas, su misma sintaxis y gramática, su estructura y su construcción, y como consecuencia de todo lo dicho, ha debido tener también la misma conjugación y el mismo verbo, que es lo que vamos á demostrar en el presente artículo, siguiendo en cuanto podamos alcanzar, aquellas leyes que han venido á producir las diferencias marcadas que separan al verbo latino del verbo euskaro.

Para ello vamos á valernos de los medios de que se vale el naturalista para reconstruir á la presencia de un solo hueso el esqueleto entero de una especie fósil, ó de aquellos otros que emplea el arqueólogo para reconstruir un templo á la vista de una columna que ha sido respetada por el tiempo, y este fragmento de esqueleto y esta columna respetada que ha de guiarnos en nuestras investigaciones para la reconstrucción del verbo latino han de ser su actual participio pasivo y sus congéneres el futuro y el presente.

El lector recordará, si se ha fijado en nuestros anteriores artículos, que el bascuence, en virtud de la facilidad que posee para convertir en verbos todos sus nombres, incluso los pronombres mismos, con la adición de la partícula verbal *tu*, ha derivado de cuantas voces hemos recorrido, otros tantos verbos, y que el latín á su vez ha derivado de las mismas y con más seguridad que el bascuence mismo los suyos respectivos, y últimamente, que los verbos así formados, reúnen á su comun origen y procedencia de la misma raíz aquella sinonimia y similitud en la significación que hicimos notar al tratar de cada uno de ellos. Ahora vamos á poner de manifiesto, que á las analogías entonces señaladas, reúnen otra no menos sor-

prendente y nacida de la correspondencia exacta que se advierte entre sus respectivos participios pasivos; futuros y presentes, como vamos á demostrar á continuación con los ejemplos siguientes.

De la voz euskara *joco* (juego) nuestra lengua, en virtud de la facilidad arriba expresada, ha derivado el verbo *jocatu*, cuyos participios son para el presente *joca-tz-en*, para el futuro *jocatu-ric* y para el pasivo *jocatu*. El latín á su vez ha derivado de la misma voz nuestra, como esplicamos en artículos anteriores, el verbo *joco*, *as*, cuyos participios son para el presente *joca-ans*, para el futuro *jocatu-rum* y para el pasivo *jocatu-m*: del mismo modo, de *andi* (grande) ha derivado el primero el verbo *anditu* y el segundo *grand-do*, *is*, y sus respectivos participios *andi-tz-en*, *anditu-ric* y *anditu* se corresponden ó debían corresponder con los latinos *gr-and-ens*, *granditu-rum* y *gr-anditu-m*: de *mur*, *murü* (colina ó construcción artificial á ella parecida) ha derivado el bascuence el verbo *murrutu* ó *murutu* y el latín *muro*, *as*, y sus participios respectivos *murut-tz-en*, *murutu-ric* y *murutu*, se corresponden con los latinos *munit-ens*, *munitu-rum* y *munitu-m*: de *se* (división) ha derivado el bascuence el verbo *setu*, el latín *seco*, *as*, y los participios respectivos *se-tz-en*, *setu-ric*, y *setu* corresponden con los latinos *sec-ans*, *sectu-rum* y *sectu-m*: de *serra* (sierra) el bascuence ha derivado *serratu*, el latín *serra*, *as*, y sus participios respectivos *serra-tz-en*, *serratu-ric* y *serratu*, corresponden con los latinos *serr-ans*, *serratu-rum*, y *serratu-m*: para abreviar, de *latz*, *latza* (áspero) el primero ha formado *lasaitu*, *lasaitu-ric* y *lasai-tz-en*; el segundo *laxatu-m*, *laxactu-rum*, y *laxa-ans*: de *lo* (sueño) el primero *lotu*, el segundo *letu-m* y así sucesivamente, como veremos en las voces que aun tenemos que recorrer.

Dedúcese de cuanto acabamos de exponer que la correspondencia exacta que se advierte en los respectivos participios del verbo latino y euskaro, así como en su significación y derivación por raíces comunes, léjos de ser un hecho casual y fortuito es, por el contrario, el testimonio cierto de que la lengua latina ha gozado un día, juntamente con la bascongada, del privilegio de convertir en verbos todos sus nombres por el procedimiento arriba expresado con la adición de la partícula verbal *tu*, de donde se sigue que el infinitivo de cuantos hemos citado mas arriba era en las formas primitivas enteramente igual al verbo bascongado, esto es, *jocatu*, *gr-anditu*, *murutu*, *munitu*, etc.

Para comprender mejor toda la importancia que tiene esta identidad en el modo infinitivo de ambas lenguas deberemos recor-

dar aquí que el latín no ha surgido de repente tal como la conocemos en los escritos de sus autores, antes bien, si hemos de dar crédito á las leyes que han precedido al desenvolvimiento de las mismas, admitidas hoy por la ciencia, ha necesitado de un largo trabajo de lenta y prolongadísima propagación, y comenzó, por lo tanto, por ser primeramente una lengua monosilábica para pasar mas adelante á las aglutinantes ó voces agregadas y adquirir, por fin; la forma altamente inflexiva que hoy le distingue.

Del mismo verbo su actual verbo comenzó por ser un infinitivo rígido, ménos aun, una partícula verbal mal definida pegada al nombre de que se derivó y confundida con él, como sucede actualmente con el verbo derivado euskaro: sus nuevas inflexiones, sus modos, sus pretéritos y futuros vinieron despues á darle sus actuales formas; de donde se sigue que el modo infinitivo ha sido el más primitivo y como el generador de todos los demás.

Esto supuesto, si el lector nos concede por un momento la derivación del verbo latino en la forma que antes hemos expuesto, resulta que *joco*, *as*, por ejemplo, antes de adquirir sus actuales modos pretéritos y futuros, debió conjugarse juntamente con el bascuence en la forma siguiente.

Presente de indicativo; *jocatu*, hoy *jocare*; participio de presente *joca-tz-en*, hoy *joca-ans*; futuro *jocalu-ric*, hoy *jocatu-rum* y últimamente participio pasivo *jocatu*, hoy *jocatu-m*.

Como se vé, al traves de los siglos de siglos que han transcurrido desde la fecha en que la lengua latina sufrió la transformación operada en ella, éstas terminaciones no han cambiado sensiblemente y son hoy las mismas que en el remoto tiempo á que hacemos referencia; *an*, *en* con la adición de una *s* para el participio de presente; *ric* convertido en *rum* para el gerundio y *tu* para el participio de pretérito con la adición de una *m* para subvenir á las necesidades creadas con la invención del género antes desconocido.

Estas humildes terminaciones son, pues, las que en su fijeza, inalterabilidad y permanencia en medio de las múltiples renovaciones por que ha pasado la lengua de que forman parte, son, repetimos, las que nos suministran al presente los medios de reconstruir las antiguas formas del verbo latino y las que más tarde nos darán igualmente los medios de reconstruir el sentido oculto en las voces de esta lengua, así como las reglas de su construcción.

Mas entre tanto, reanudemos nuestra tarea para decir que las mismas consideraciones espresadas arriba, son aplicables á los verbos primitivos ó irregulares; de donde se sigue que los verbos *asi*,

egin ó *agin*, *jachi*, *eman* primitivos en nuestra lengua y que corresponden á los actuales latinos *facere*, *agere*, *jacere*, *emere* se conjugaron en las antiguas formas del modo siguiente: presente de infinitivo *asi*, *egin* ó *agin*, *jachi*, *eman*, hoy *facere*, *agere*, *facere*, *emere*; participio de presente *asi-tz-en*, *egi-t-en*, *jachi-tz-en*, *ema-t-en*; hoy *f-aciens sag-ens*, *jac-ens* y *em-ens*; futuro *asi-ric*, *egin-ic*, *jachi-ric*, y *eman-ic*, hoy *factu-rum*, *actu-rum*, *emptu-rum* y *facitu-rum*; pasivo *asi*, *egin*, ó *agin*, *jachi*, *eman*, hoy *factum*, *actum*, *jac-tum*, *emptum*.

El lector observará en estos ejemplos que los participios pasivo y el futuro del derivado se distinguen de sus congéneres los euskaros que representan las antiguas formas del verbo latino por la adición de la partícula *tu* interpuesta entre la terminación y el verbo y de ello vamos á dar la razón.

El verbo derivado latino que forma el grupo más numeroso en virtud de su derivación por aquella partícula, ofrecía una terminación simétrica, regular y sonora, cual convenia á las nuevas formas que habia de tener el verbo transformado, al paso que los verbos irregulares ó primitivos, cuyo participio era igual al presente de infinitivo, tenían una terminación asimétrica, variada y caprichosa, y por lo tanto, incompatible con aquella uniformidad que el latín se habia propuesto introducir con la creación del nuevo verbo, y para alcanzar el fin que perseguia, añadió á estos últimos la partícula *tu*, que en virtud de la transformación operada, habia perdido sus antiguas funciones, y de este modo logró dotar al nuevo participio de la simetría, uniformidad y sonoridad que actualmente le distinguen, procediendo en la forma siguiente.

Á los participios *eman*, *asi*, *egin*, *jachi*, añadióles dicha partícula *tu*; y evitando, por una parte, los diptongos, como requiere el génio del euskara y suprimiendo las consonantes mal sonantes, los convirtió en *emp-tum*, *ac-tum*, *jac-tum*, *f-ac-tum*, haciendo la misma operación con todos sus congéneres. Como se vé en estos ejemplos, el latín no se dejó guiar del capricho, ni mendigó de ninguna lengua estraña la materia para su nueva conjugación, antes bien la sacó de su propio seno, valiéndose al efecto de una de sus terminaciones que reunia las condiciones que buscaba para sus nuevas formas, y ésto hécho; por demás significativo, nos va á suministrar la luz necesaria para darnos una explicación plausible sobre el cambio en *are*, *tre*, *ere* que sufrió su antiguo infinitivo. Veámos cómo.

El lector algo impuesto en el bascuence sabe con nosotros que tenemos los verbos llamados dobles formados por la anteposición á

aquellos de las voces *ara, era, ira*, contracciones todas tres del verbo *erain* (hacer) que es á su vez otra contraccion del verbo *eragin*: démos de ello alguna esplicación: de *ibilli* (andar) ha formado el doble *erabilli* (hacer andar), de *icusi* (ver) *eracusi* ó *eracutsi* (hacer ver, ó enseñar), de *igesí* (escapar) *iragasi* (hacer escapar), de *eman* (dar) *eraman* (hacer dar ó llevar), de *asi* (comenzar) *arasi*, cuyo sentido equivale al *faire-faire* francés.

Todos estos verbos, en virtud de su formacion, tienen una significación igual á las expresiones *erain-ibilli*, ó mejor *ibilli-erain*, tal cual nos expresamos en el lenguaje hablado, siguiendo la sintáxis de nuestra lengua, y continuando esta materia añadiremos que *eracusi* por ejemplo, equivale á *erain-icusi* ó *icusi-erain* hablando con propiedad; *eraman* igual á *eman-erain*: el verbo *arasi* igual á *erain-asi* ó *asi-erain*. El antiguo latin, á su vez, formó sus verbos dobles siguiendo los mismos procedimientos que nosotros, solo que en lugar de anteponer las voces contraídas *ara, era, ira* y más lógico en esta parte que nosotros, las pospuso, siguiendo la sintáxis natural, y mudando luego la *a* final en *e* hizo sus actuales terminaciones de infinitivo *are, ere, ire*: la razon de esta diferencia en el proceder de ambas lenguas, consiste en que el bascuence, de adoptar la forma pospositiva que le es natural, hubiera tropezado con la terminación que significa *era* modo, forma ó manera y á es la par muy usado é importante entre nosotros. De aquí se sigue que si hubiera dicho *ibillera* modo ó manera de andar, se hubiera confundido esta expresion, con *ibilli-erain* ó *ibilli-era* hacer andar, é importábale mucho evitar estas confusiones. El latin, por el contrario, sea que no conociera esta terminación, ó porque no tuviera entre ellos la misma importancia que entre nosotros, el caso es que no violentó la sintáxis de su lengua, y por este medio dotó á un grupo numeroso de sus verbos de una terminación sonora, simétrica y regular, cual convenia á sus nuevas formas, y le generalizó luego á los demas verbos, quedando de este modo constituido su actual infinitivo.

Vémos aqui, lo mismo que en el ejemplo anterior, que para formar su nueva conjugación el latin no se dejó guiar por el capricho ni pidió prestada á ninguna lengua estraña la materia para su verbo, antes bien la sacó de su seno, valiéndose al efecto de aquella de sus terminaciones que tenia las condiciones apetecibles, y la repetición de este hecho nos va á proporcionar nuevas luces para ulteriores investigaciones.

En efecto, una vez que sabemos que el latin, léjos de obedecer al

capricho para la formación de su nuevo verbo, adoptó por el contrario cierta regla de conducta, buscando dentro de sí mismo los materiales que habian de servirle al plan propuesto para la transformacion que intentaba introducir en su lengua, estamos en el caso de decir que las terminaciones en *abam, ebam* del imperfecto de indicativo, léjos de ser caprichosas, debieron tambien ser halladas, lo mismo que las anteriores, en sus antiguas formas; y como corresponden exactamente con el *neban, eban, ceban*, del imperfecto de indicativo del auxiliar euskaro *euki*, dedécese que el latin conoció el uso de este auxiliar nuestro.

Del mismo modo, las terminaciones en *s* de las segundas personas en todos los tiempos del verbo latino, tampoco son caprichosas y casuales, ni estrañas á la lengua, y como corresponden exactamente con la *z* que llevan las mismas personas en todos los tiempos de nuestro auxiliar, y como por otra parte nos consta, y es de todos bien sabido, que esta *z* es la contraccion de nuestro pronombre personal *zu*, sigüese de aquí que el latin conoció tambien el uso de este pronombre nuestro; y así, en efecto lo demuestran su posesivo *suus, a, um* (suyo ó de Vd.) y su reciproco *se, sui, sibi, se*: del mismo modo la terminación en *m* de las primeras personas en muchos de los tiempos del verbo latino, tampoco es casual y caprichosa, sino que corresponde por las razones arriba expresadas á la *n* que llevan las mismas personas en todos los tiempos del auxiliar euskaro, y como ésta representa el pronombre personal *ni* (yo), sigüese de aquí que el latin conoció el uso del mismo, y así en efecto lo demuestra su posesivo *meus, a, um* (mio) ó (*nirta*) y su reciproco *mei, mihi, me*, igual al nuestro *ni*.

De cuanto acabamos de decir se deduce que el latin, al formar su nueva conjugación, incluyó en él su auxiliar y sus pronombres, exactamente lo mismo que hace el bascuence con la suya respectiva, y sobre ello llamamos muy particularmente la atención de los lectores.

Infírese de aquí que el imperfecto *f-actebam, as, at* descompuesto, cual lo podemos hacer con el nuestro, equivale á *hecho habia yo, hecho habias tú, hecho habia él*, del mismo modo que el imperfecto nuestro *asi-neban, asi-ceban, asi-eban*, descompuesto equivale á *hecho yo habia, hecho tu habias, hecho él habia*, sin que medie entre ambos otra diferencia que la que resulta de la colocación del pronombre, antepuesto al auxiliar en el nuestro, y pospuesto en el latin, el cual quizá seguiria en sus primeros tiempos nuestra misma construcción.

Una vez sentada esta regla, y cuando haya desaparecido la confu-

sión que, en mi concepto, se advierte en la conjugación de nuestros auxiliares, será quizá fácil para un gramático consumado seguir la construcción latina en algunos otros tiempos.

Lo que acabamos de decir nos enseña porqué han desaparecido de aquella lengua nuestro verbo auxiliar y nuestros verbos personales, la partícula *tu* y nuestros verbos dobles, que son los elementos constitutivos hasta ahora conocidos del nuevo verbo latino, y las bases en que descansa la actual conjugación euskara. Todas estas partes, que desempeñan funciones tan importantes en el bascuence, quedaron como fundidas y fosilizadas en la nueva conjugación del verbo latino, porque así era necesario para que ésta naciera viable; la razón es clara, porque si a aquellas hubieran continuado desempeñando las mismas funciones que antes, el nuevo verbo nada hubiera tenido suyo propio, y hubiera tenido que vivir de la limosna que le prestaran sus nuevos elementos, que es exactamente lo que sucede con el verbo euskaro, cuya conjugación no está fijada por esta razón, digan lo que quieran sobre el particular nuestros gramáticos, ni tiene tampoco aquella precisión y aquella perfección que distinguen al verbo latino: ésta es por lo menos mi pobre opinión.

Para concluir, vamos á presentar una nueva prueba de cuanto venimos esponiendo.

Es un hecho notado por todos que las lenguas neo-latinas conocen ó continúan el uso de los auxiliares para formar sus verbos compuestos de los cuales carece su madre; y este hecho, por demás significativo, creemos que nos va á suministrar indirectamente las pruebas de nuestras afirmaciones. Sábese en efecto que en la antigua Italia, al par que se hablaba el latin literario, continuaban en el uso de sus antiguos dialectos, los cuales, aunque hermanos gemelos del latin oficial, diferían de él bajo muchos conceptos, y debían hallarse en un estado de atraso relativo, por cuanto no habían sido limados, cultivados y perfeccionados bajo la mano de los grandes escritores romanos, y si suponemos, como lo hemos hecho hasta ahora, que eran en sus formas antiguas, idénticos con el bascuence, debían hallarse en virtud de este atraso mas cerca del bascuence que la lengua cultivada por los romanos.

Esto nos da cierto derecho á suponer que no olvidaron el uso de nuestros auxiliares, ántes continuaron sirviéndose de ellos durante toda la época de la dominación romana. Así es que el día que cayó ésta por la invasión de los pueblos del Norte agregaron á la conjugación latina los auxiliares en cuya posesión se hallaban, y de este modo las nuevas lenguas aparecieron desde el primer día dotadas de sus

verbos compuestos, de los cuales dijo ya Larramendi con profunda intuición haber sido tomados del bascuence.

Compréndese que en España y en el mediódia de las Galias, donde se hablaban dialectos euskaros, se reprodujera con mayor razón el mismo fenómeno. Vamos á alegar una última prueba.

La radical del verbo *eu-h* es *eu* (tener), lo mismo que la de *eba-hi* es *eba* (corte) y la de *ede-hi* es *ede* (estensión ó abertura); mas aun el verbo *eu-tzi* (tener con cierta fuerza) compuesto de la misma radical y la abundancial *tzi* no es mas que una variedad de *eu-hi* y tan análogo á él que hace dudar cuál de ellos ha sido el primitivo auxiliar; ahora bien, esta voz *eu* la encontramos en el participio de pretérito *eu* del auxiliar francés *avoir*, y téngase presente que este en la forma primitiva; ha sido igual con el presente del infinitivo; encuéntrase igualmente en el pretérito de indicativo *eus* del mismo como se le encuentra tambien en el presente: del mismo modo se le vuelve á encontrar en el pretérito de indicativo *hube* del español *haber*, como se le encuentra sin mucha dificultad en el presente. Puede ser que suceda otro tanto en las demás lenguas neo-latinas que yo no conozco, de donde se deduce que todas ellas, inclusa la latina, corresponden por sus auxiliares con nuestro bascuence, que es el tronco común de que se han derivado.

Concluyo. Sr. Director, dándole anticipadamente las mas expresivas gracias por la inserción del presente remitido, y con este motivo tiene el mayor placer de ofrecerse de V. afmo. S. S. O. B. S. M.

JOSÉ DE GUIASOLA.

ECA